

# LA NOVELA PICARESCA

Año II

Buenos Aires, Febrero 18 de 1920

Núm 34

## La culpa ajena

**L**A señorita Elisa, hija del escribano de Civitabassa, era una belleza majestuosa. Tenía la frente alta, sonreía levemente, de vez en cuando y bajaba los párpados casi adormecidos, para no prodigar al vulgo el precioso esplendor de su mirada.

Su madre, que era una mujereita pequeña, redonda y fláccida, con una cara indefinible de eunucio, la acompañaba en sus paseos, dirigiendo a todo el mundo miradas llenas de afectuoso orgullo.

Cuando entraba en la iglesia, los domingos, se escuchaba a su alrededor un murmullo-muy quedo de admiración; pero Elisa no reparaba en nadie, y al rezar, lo hacía con una especie de devoción altiva, como si en sus oraciones hubiesen palabras sigulares, bien distintas de las que pronunciaba la plebe.

Elisa no poseía dote alguna, cosa que en Civitabassa es suficiente para impedir el matrimonio de las jóvenes, aun cuando sean hermosas. Sin embargo fueron muchos quienes la amaron locamente. El escribiente del tribunal, le dedicó unos versos que comenzaban así:

“Quien eres? Hada? Fantasma? Demonio?”

Pedro Svanpi, hijo del propietario más acaudalado del lugar, un tenorio que conquistaba a todas las muchachas, la festejó durante dos meses, abiertamente y con decisión, pero cuando trató de pedir su mano, intervino el padre, amenazó con desheredarle y le obligó a renunciar a sus propósitos.

Entonces Elisa huyó con Adolfo.

Adolfo era un cabo de caballería, llegado recién al pueblo, para pasar ocho días de licencia en compañía de una tía suya.

Era un mozo guapo, alto, de bigotes negros, dientes blancos, y cantaba con voz de barítono potente:

“M'hanno detto che Beppe va soldato...

Escuchándolo, Elisa palpitaba de orgullo.

El episodio heroico—sentimental de aquella romanza, invadía su alma con exquisita exaltación.—El héroe, según ella, era Adolfo, y se le llenaban los ojos de lágrimas, pensando que su destino le obligaría quizás a perder la vida por la bandera, mientras que Beppe, el héroe de la canción, se había casado con la muchacha de sus sueños.

Algunas veces, se lo imaginaba. Beppe, debía ser un tipo tímido y enfermizo, con anteojos, parecido al secretario comunal, que la miraba siempre sin atreverse jamás a hablarla.

Elisa sentía en el corazón un loco deseo de modificar la iniquidad de la suerte con un acto de supremo amor. Adolfo era muy pobre. No importa. Hubiese querido correr hacia él, abrirlle los brazos y gritar: Tómame! Soy tuy... o mejor: Tuya soy! que era más poético.

Se había imaginado muchas veces este episodio y fué así que, cuando las circunstancias favorecieron su realización, se desarrolló aquel con rapidez precipitada, como si el destino hubiese preparado los rieles por donde debían correr los hechos.